

## ¿ES POSIBLE UNA DIDÁCTICA DEL ENSAYO?<sup>1</sup>

Por: Alejandro Alberto Mesa Mejía  
Profesor Colegio Calasanz Pereira

Por tanto, será un ensayo en el sentido literal del término, es decir, una tentativa: de pensar: escribiendo.

(Alessandro Baricco)

Frente a la duda expresada por muchos en torno a la posibilidad de enseñar a escribir ensayos a los alumnos o a la postura radical de quienes consideran que la escritura es algo así como un don concedido por la gracia de los dioses o el vigor de los genes y las leyes de la herencia, levantamos nuestra voz para afirmar que sí se puede hablar de una didáctica del ensayo. Y no tanto porque consideremos posible que alguien enseñe a otros la manera de escribir este tipo de textos, sino más bien porque confiamos en la capacidad que tienen los jóvenes para aprender a escribir al lado de un adulto o de un compañero que los guíe.

Las claves de dicha didáctica las dicta justamente la esencia del ensayo. Solo se puede enseñar – aprender a escribir ensayos en aulas donde reine un ambiente de libertad, respeto y tolerancia. Le compete al docente consolidar un clima de confianza en el que los alumnos pierdan el temor a escoger el tema, las ideas, el

---

<sup>1</sup> Este texto complementa y actualiza un documento con su mismo título, presentado en el 2º Coloquio Regional de Lenguaje realizado en la Universidad Católica Popular del Risaralda el 29 de mayo de 2008. En él se condensa el proceso de trabajo aplicado con los estudiantes de grado 11º del Colegio Calasanz para la redacción de ensayos.

enfoque, el estilo y la forma de su escrito. Un ensayo verdadero no admite imposiciones distintas a las que dicta la experiencia, el conocimiento y la conciencia del escritor, independientemente del gusto del grupo o del criterio de los individuos que detentan el poder. En este sentido cada joven tiene mucho para decir.

Un ensayo es un intento, una aproximación, un acercamiento subjetivo y particular a una porción de realidad. Un ensayo “es un texto a través del cual el autor hace una disertación sobre un tema cualquiera, expone sus ideas argumentando una determinada hipótesis, apoyado en lo que ya se conoce sobre dicho tema” (Rodríguez, 2006, 168). Un ensayo jamás constituye una versión acabada; en tal sentido, su producción debe ser asumida como parte de un proceso: el proceso de escritura. No se trata pues de recetar fórmulas para la escritura, ni de invocar el auxilio de las musas, ni de propiciar momentos para la redacción automática e irreflexiva de quien ni siquiera tacha. Para escribir un ensayo la clase debe convertirse en un taller donde cada alumno-escritor tenga la posibilidad de pensar, de seleccionar un tema, de involucrarse con él (casi hasta llegar a amarlo), de concebir y estructurar sus ideas, de someterlas a prueba una y otra vez sobre el papel o la pantalla, de reflexionar y juzgar con sentido crítico, de pulir y consentir el escrito y mejorarlo, hasta que madure y, a los ojos de su autor, se haga digno de partir para luego enfrentar al lector.

En este sentido, el trabajo es el resultado de una serie de acciones que involucran a cada estudiante de manera individual y también al grupo como colectivo que piensa y coopera de cara a la producción de los textos. Al fin y al cabo desde hace mucho tiempo se entiende que la figura del autor aparece enmarcada en la historia, en la vida y en la tradición de la comunidad en la que habita. Huellas del entorno social, rastros de la historia colectiva esculpen el rostro del escritor que se transluce en sus textos<sup>2</sup>. El escritor es una especie de sujeto colectivo, en tanto por su boca salen las palabras que habla una multitud: los autores que ha leído y en los cuales se ha formado, sus vecinos más próximos, su familia, sus contradictores.

Pero, volvamos sobre la escritura y todos los artilugios que comprometen la vida de un texto desde su misma génesis. Centremos nuestra atención en las implicaciones que tiene esa actividad que nos permite concretar las volátiles ideas, en palabra tangible y concreta a través del signo. Comencemos por identificar qué hay detrás del hecho de asumir a la escritura como un “proceso complejo”.

Lo primero que tendríamos que aclarar es que en este caso el término complejo no puede ser entendido como sinónimo de difícil. Escribir constituye una labor compleja, mas no una tarea difícil. La complejidad deviene de la enorme cantidad de variables que intervienen o que afectan –para bien o para mal– un proceso de

---

<sup>2</sup> En este sentido es útil recordar aquí las reflexiones de M. Bajtin en torno al concepto de heteroglosia.

escritura. Algunas de estas variables pueden ser controladas por el escritor, está en sus manos intervenir sobre ellas para modificarlas; otras, por el contrario, cuentan con una existencia cuya determinación no depende del sujeto que escribe.<sup>3</sup>

Por otro lado, asumimos el acto de escribir tanto como un resultado y como un proceso, y ambos aspectos acaban siendo igualmente importantes. Resulta impensable un texto terminado que no haya pasado por un proceso de construcción, pero resulta igualmente inútil un proceso de escritura que no genere un producto final “más o menos acabado”. Un texto terminado, como ese que usted lee cuando estudia, o el que ojea en sus ratos libres, o este que tengo ahora en mis manos constituye la evidencia de una serie de actividades que no pueden soslayarse o desconocerse. Todo texto escrito debe ser concebido, antes de plasmarse en un papel; todo texto escrito exige un proceso de composición; todo texto escrito debe ser evaluado; todo texto escrito debe ser editado; y finalmente, todo texto escrito merece circular pasando por las manos de sus lectores.

¿En qué consiste la *etapa de concepción*? Dos de las acepciones que nos ofrece el diccionario de la RAE nos interesan aquí: “Comenzar a sentir alguna pasión o afecto” y “Formar idea, hacer concepto de algo”. En efecto, concebir el ensayo implica formarse una idea de ese algo sobre el que se quiere escribir y además

---

<sup>3</sup> Podríamos abrir un largo paréntesis en este punto para recordar el “Modelo cognitivo de la composición escrita” de Hayes que nos ofrece Cassany en su texto *Construir la escritura*.

apropiarse de dicha idea, hacerla propia con verdadero gusto y pasión. Concebir el ensayo implica seleccionar un tema, pero no como quien apela al azar a través de la combinatoria, sino como parte de una discusión en la que participa el maestro y todo el grupo. El ejercicio aquí exige la identificación de centros de interés para el grupo a la luz del curso que se está llevando a cabo. Implica reflexión, para discernir qué resulta más propicio, interesante o al menos posible de cara a la tarea de escribir. Implica discusión, como mecanismo que permita eliminar aquellos asuntos que pudieran sobrar. Cabría aquí preguntarse ¿qué resulta mejor en el proceso de enseñanza, que todos los alumnos escriban sobre un mismo tema o que cada estudiante elija el suyo propio? Sin embargo, por razones de tiempo y para no desviarnos del objeto central, preferimos no ahondar en el asunto.

Una vez determinado el tema o los temas de escritura, es necesario aplicar sobre el mismo un procedimiento de delimitación, para que el tema se deje manejar o como alguna vez decía un estudiante en el salón de clase: “para que quede de un tamaño que nos permita agarrarlo”. En este punto, una estrategia resulta especialmente fácil de usar y a la vez eficaz. Se trata de expresar el tema a manera de oración, bien sea enunciativa (afirmativa o negativa) o interrogativa. En otras palabras, se trata ahora de predicar algo sobre el tema o de concretar una pregunta que lo involucre. Aunque la selección del tema haya sido un asunto grupal, colectivo, la delimitación del tema debe asumirse como una responsabilidad individual. Cada estudiante debe realizar su propio proceso de

delimitación del tema de acuerdo a sus intereses, a sus preconcepciones, al tiempo de que dispone para la escritura, a los recursos con que cuenta (información o experiencia sobre el tema).

La fase de delimitación del tema se cierra cuando cada estudiante presenta al grupo su enunciado oracional con el propósito de recibir sugerencias o aportes, hasta que finalmente quede satisfecho con su propuesta de trabajo. Dicho enunciado, de acuerdo con la forma que tenga (pregunta o afirmación/negación), constituirá el problema o la hipótesis que servirá de detonante para el proceso de escritura del ensayo.

Ahora cada alumno-escritor dedica un tiempo al análisis de su tema delimitado, con el propósito de descubrir en él los núcleos de sentido que encierra. Esta etapa resulta definitiva en la medida en que los núcleos de sentido constituirán más adelante cada uno de los subtemas a través de los cuales se desarrollará la disertación. Por ahora, la identificación de estos núcleos direccionará el proceso de búsqueda de información, determinante a la hora de acopiar las ideas que darán cuerpo al texto posteriormente. Varias cosas suceden aquí, por un lado es necesario realizar una visita a la biblioteca (en el propio colegio o en cualquiera de las bibliotecas públicas de la ciudad): no podemos olvidar que libros y revistas constituyen una fuente preciosa de información. Es necesario también llevar anclas para emprender una búsqueda de información navegando en internet. Y de manera paralela es necesario abrir espacios, reservar tiempos para pensar en el

tema generando así ideas y planteamientos propios sobre el mismo. De la calidad y pertinencia de las ideas recogidas de las diversas fuentes de información empleadas dependerá una característica esencial para un ensayo: el rigor en el tratamiento del tema. De la calidad y riqueza de las ideas generadas por el propio estudiante dependerá la originalidad y la subjetividad del texto, características igualmente importantes para este género.

Finalmente, en la etapa de concepción es necesario someter a evaluación el listado de ideas “propias y ajenas” que fueron recopiladas hasta ahora, con el objeto de escoger solo aquellas que son pertinentes y aportan de cara a la posibilidad de contestar la pregunta o de sustentar la afirmación que fue formulada con el fin de delimitar el tema. El resto de las ideas, aquellas que no resultan esenciales para el desarrollo del escrito, es mejor desecharlas o al menos excluirlas para que no interfieran las etapas siguientes del proceso.

Una segunda etapa es *la composición*. Se trata ahora de operar con las ideas seleccionadas en la etapa anterior para “formar de varias cosas una, juntándolas y colocándolas con cierto modo y orden”. En efecto, la fase de composición exige dos labores: en primer lugar, reunir las ideas producto de la concepción con el propósito de constituir un esquema (macroestructura) que organice y jerarquice dichas ideas para garantizar la coherencia futura del texto. En segundo lugar, componer implica convertir las ideas del esquema en texto, en escritura. Así, cada

componente del esquema es transformado por el alumno en frases, oraciones, párrafos.

El esquema, entendido de esta manera, se constituye en una especie de mapa o de ruta que marca el camino de la textualización, minimizando el riesgo de la improvisación que solo conduce al desorden, a la falta de claridad, a la falta de rigor en el tratamiento del tema, a la verborrea de quien acostumbra “echar carreta”. Si bien el diseño del esquema es una tarea que le compete a cada estudiante-escritor, conformar círculos de trabajo o puestas en común en el aula de clase, donde se socializan estos materiales, puede ayudar a definir mejor los alcances del futuro ensayo, a estructurar mejor las ideas o a eliminar elementos que pudieran hacer ruido posteriormente en el momento de la textualización.

Una vez que cada alumno está conforme con el esquema producido, llega el momento de lo que generalmente se considera es escribir. Es la hora de tomar un lápiz y una hoja de papel o de sentarse frente al teclado del computador para concretar, para materializar, todas estas ideas en el texto propiamente dicho.

Conviene aquí recordar la estructura básica de todo ensayo: título, introducción, disertación y finalización. Con respecto al título la clave está en recordar el principio de transparencia que este componente debe tener. Un buen título es aquel que le permite al lector contemplar de inmediato las potencialidades del texto con respecto al abordaje del tema. Además, el título resulta mejor si en su



formulación se apela a la concisión y al impacto: el título ideal informa el tema y suscita en el lector el deseo de leer.

Sobre la introducción resulta pertinente señalar que este apartado no constituye, en el ensayo, un elemento separado o un paratexto (como sí pasa en otro tipo de escritos). La introducción la componen los primeros párrafos (o el primer párrafo en ensayos cortos) y en ella el autor aprovecha para ofrecer a sus lectores cuál es el problema o la hipótesis que suscita el proceso de escritura. La idea principal en el párrafo de introducción es este enunciado. ¿De dónde sale tal problema o hipótesis?, comenzarán a preguntar los alumnos. Basta regresar con ellos a los primeros momentos de la concepción para encontrar este elemento: el enunciado con el que cada estudiante delimitó su tema (una pregunta o una oración enunciativa) se constituye ahora en este componente central para la producción del texto.

Luego viene la disertación, el cuerpo del ensayo, el elemento estructural donde el autor conceptualiza, reflexiona, discute con otros autores, ejemplifica, ilustra, argumenta, explica, compara; en fin, donde el alumno-escritor echa mano de las diferentes estrategias discursivas que le permiten allanar el terreno de cara a la solución del problema o a la posibilidad de avanzar en el propósito de persuadir a sus lectores con respecto a la validez de la hipótesis. En este punto cobra especial importancia el esquema construido antes y la calidad del proceso de búsqueda de información: el primero determina el orden en que las ideas tendrán que abordarse

para que el efecto final del escrito se caracterice por la coherencia; el segundo, garantizará niveles adecuados de profundidad, rigor y también subjetividad en el tratamiento del tema.

Finalmente, el ensayo, como casi todo discurso, requiere de un cierre lógico, de un componente final que ponga término a la enunciación. Es habitual recurrir en este momento al procedimiento de la conclusión: el ensayista aprovecha el último párrafo de su escrito para exponer a manera de idea principal del mismo una conclusión que apuntala en la mente del lector la respuesta a la pregunta inicial o la hipótesis aportada al comienzo. Ahora bien, este no es el único procedimiento que puede utilizarse aquí. Muchos muy bien logrados ensayos cierran el círculo de su presentación a través de recursos como la síntesis, la enunciación de nuevas preguntas derivadas de la disertación anterior o la presentación de citas textuales que ayudan a consolidar los propósitos que se trazara originalmente el estudiante-escritor.

Tercera etapa: *la evaluación*. La escritura como casi todas las actividades que se emprenden con seriedad requiere de espacios para la evaluación. Aquí resulta pertinente la tan socorrida frase: lo que no se evalúa no mejora. La evaluación en los procesos de escritura, a diferencia de lo que muchos estudiantes podrían pensar, no es responsabilidad exclusiva del docente. El responsable principal de la evaluación de un escrito es su propio autor, porque de esta labor se desprende la posibilidad de detectar los errores o las dificultades del texto para luego

enmendarlas, antes de que el escrito llegue a las manos inclementes del lector (cabe recordar ahora que todo lector por constitución es un “crítico” en potencia, al que no conviene darle motivos para que destruya nuestra obra).

La evaluación es un ejercicio tanto individual como colectivo. Evalúa el propio autor del texto, como decíamos antes; pero evalúan también los compañeros del grupo cuya mirada puede contribuir a identificar los aciertos y las deficiencias del escrito. En muchas ocasiones el estudiante-autor está tan imbuido en su propio texto que carece de la perspectiva suficiente como para observar en su escrito elementos que un lector “objetivo” logra apreciar sin mucho esfuerzo. Es el momento de leer los borradores –en limpio– de mis compañeros y de que ellos lean el mío para generar así dinámicas de colaboración en la cualificación de los escritos. Las discusiones y las observaciones que se generan en este momento, suelen ayudar a los estudiantes para entender las implicaciones comunicacionales de la escritura de textos, cuando dimensionan la importancia de lograr que los otros a través de la lectura, comprendan lo que yo estaba pensando en el momento de redactar el escrito.

¿Cómo realizar la evaluación? La tarea consiste en leer y releer el escrito. Leer y releer con los cinco sentidos, leer y releer una y otra vez, tantas veces como sea posible. Leer y releer desde el mismo momento en que se elige un tema o se delimita el mismo o se construye un esquema del ensayo, o se textualiza. Leer y releer verificando el enfoque del texto, la calidad de la información, la coherencia

textual o su estructura, la calidad de los párrafos, la construcción de las oraciones y frases, la precisión y pertinencia de las palabras, la cohesión, la puntuación, la corrección ortográfica y gramatical, incluso, la misma presentación (tipo, tamaño y legibilidad de la letra, formato, etc.). La evaluación es una subfase del proceso que no se ejecuta solo al final del mismo, sino que acompaña y se realiza en cada uno de los momentos de la escritura.

Cuarta etapa: *la edición*. Escribimos para ser leídos y no para nosotros mismos, para archivar o desechar. Esto implica darle al texto una forma final que facilite su comunicación. Aunque los manuales de estilo de muchas instituciones prefiguran las principales condiciones asociadas a la edición (formato, tipo de papel, tamaño y tipo de letra, etc.), conviene invitar aquí al estudiante-escritor a ponerse en los zapatos del lector potencial para proveer al texto de las condiciones de presentación y legibilidad necesarias para que la tarea de leer no se vea entorpecida.

Quinta y última etapa: *la circulación*. ¿Para qué escriben los estudiantes en la escuela? ¿Para llenar cuadernos? ¿Para completar los espacios en blanco de las guías y tareas? ¿Para darle gusto a su profesor, repitiendo lo que este alguna vez expresó en clase? ¿Para incrementar los kilos de papel que recicla la institución? ¿Para tapizar con hojas de cuaderno las calles aledañas al colegio el último día de clases? Cuando los textos que producen los estudiantes en el aula no circulan, están condenados a convertirse en basura, en letra muerta. No basta un excelente

en la portada y los “chulitos” aprobatorios y mecánicos de la esquina superior o inferior de cada página, nuestros estudiantes-escritores necesitan lectores: maestros-lectores que además de una nota o un concepto, generen al menos un pequeño comentario crítico; compañeros estudiantes-lectores que dialoguen y discutan y disfruten lo que el otro, el de la otra fila o el del otro grupo escribe; acudientes-lectores que se sorprendan de todo lo que pueden llegar pensar y a crear sus hijos. Los alumnos-escritores necesitan espacios para la circulación de sus textos: periódicos murales, carteleras; veladas culturales, centros literarios; periódicos, revistas impresas o digitales; o por los menos puestas en común, lecturas y discusiones en clase.

A la pregunta inicial de este escrito en torno a la posibilidad de procurar procesos de enseñanza y de aprendizaje alrededor de la escritura de textos como el ensayo, nuestra respuesta sigue siendo que sí. Sí, la escuela, las instituciones educativas, deben participar de los procesos formativos de los jóvenes escritores, esta tarea no puede dejarse al azar. Los docentes, no ya desde la posición tradicional del juez sabelotodo del salón de clase, tienen mucho que aportar. A los profesores les corresponde hoy escribir (ensayar) al lado de sus alumnos, animarlos para que gocen como usuarios del lenguaje, orientar y abrir perspectivas, motivar el diálogo escritor–escritor y escritor–lector en el ámbito de las relaciones en clase, leer con profundo respeto, con capacidad de asombro, sentido de la proporción y con criterio la producción escrita de los alumnos de hoy, que al fin y al cabo son el germen de los escritores del mañana.

## BIBLIOGRAFÍA

Agudelo Gil, María Gladis – Mesa Mejía, Alejandro Alberto y Gómez Molina Abelardo. *Pensamiento y palabra. Pensar, argumentar, hablar, leer y escribir.* (2014). Pereira: Editorial UTP.

Bajtín, M. M. (1998). *Estética de la creación verbal.* 8ª ed. México: Siglo XXI editores.

Cassany, Daniel. (1999). *Construir la escritura.* España: Paidós.

----- (2006). *Taller de textos. Leer, escribir y comentar en el aula.* España: Paidós.

Rodríguez Grajales, Inés Emilia. (2006). Una mirada crítica al género del ensayo. En: *Revista Páginas* (76) (septiembre de 2006). Pereira: Universidad Católica Popular del Risaralda.

Sánchez L., Jesús. (2007). *Saber Escribir.* Bogotá: Aguilar.